

EJERCICIO IX.

PARA EL DOMINGO DE SEPTUAGESIMA.



INSTRUCCION NONA.—LA VIRGEN SANTISIMA SE HALLA PRESENTE A LA MUERTE DE SU HIJO, Y ASISTE A SU ENTIERRO.

Repleberis calice mæroris et tristitiæ. . . . Et bibes illum, et potabis usque ad faeces.

Te llenarás del cáliz de tristeza y amargura, y serás saciado bebiéndolo hasta las heces. (*Ezeq. cap. 23, vs. 33 y 34.*)

BASTA decir á una madre que su hijo ha muerto, para escitar todo su amor hácia este hijo que acaba de perder. Muchas veces las incomodidades y disgustos que el hijo ha causado disminuyen en gran parte el pesar que ocasiona su muerte. Mas este triste consuelo no tenia lugar en María; porque Jesus fué el mas sumiso, el mas obediente, el mas amable de to-

dos los hijos. ¿Quién, pues, será capaz de ponderar el inmenso dolor de María? “Yo os ofrezco, Dios mio, dice la Virgen al eterno Padre, “el alma inmaculada de vuestro hijo y mio, “que os ha obedecido hasta la muerte. Vuestra justicia está enteramente satisfecha, y vuestra voluntad queda cumplida.” Al mismo tiempo contempla la Virgen el cuerpo de su divino hijo, y esclama: “¡Oh llagas causadas por el amor! yo os adoro. Vosotras habeis proporcionado al mundo la salud: vosotras que dareis abiertas para ser el refugio de todos los que buscarán un abrigo en vosotras. ¡Oh! ¡cuántos pecadores recibirán por vosotras el perdón de sus culpas, y se encenderán en deseos de gozar el bien supremo!”

Querian los judíos que el cuerpo de Jesus fuese depuesto inmediatamente de la Cruz; mas como no era permitido descolgar á los reos antes que constase su muerte, los soldados rompieron las piernas á los dos ladrones que fueron crucificados al lado del Salvador. La Virgen se estremeció á la vista de semejante espectáculo, y les dijo: “¡Ay! Mi hijo es ya muerto: guardaos de insultarle mas: á lo menos evitadme este nuevo tormento: haceos cargo que soy su madre.” Y en el mismo instante un

soldado atravesó de una lanzada el corazon de Jesus. La injuria de este golpe fué hecha al Salvador; mas el dolor recayó todo en su angustiada madre. Los santos Padres opinan que este golpe fué la espada de que habló el santo anciano Simeon en el anuncio que hizo á María: espada, no de hierro, sino de dolor, que atravesó su alma en el corazon de Jesus, en el cual habitaba.

María, temiendo nuevos insultos contra su hijo, rogó á José de Arimatea que pidiese permiso á Pilatos para sacar el cuerpo de Jesus, á fin de guardarlo despues de su muerte, y preservarlo de todo ultraje. Consintió Pilatos, y el divino cuerpo del Redentor fué depuesto de la Cruz. ¡Oh Virgen Santísima! Vos habeis dado al mundo á vuestro hijo por nuestra salud; el mundo os lo vuelve; mas ¡en qué estado! Ha perdido toda su hermosura: está todo desfigurado. ¡Oh! ¡cuántas espadas, esclama San Buenaventura, atravesaron el alma de esta divina madre cuando se le presentó el cuerpo de su divino hijo depuesto de la Cruz! María estrecha en sus brazos el cuerpo de Jesus: fija la vista en sus llagas, y esclama: “¡Ah hijo mio! ¡á qué estado os ha reducido el inefable amor que habeis tenido á los hombres! Pero ¡qué

“mal habeis hecho para que se os tratase de un “modo tan infame?” Y si María fuese ahora susceptible de dolor, ¿qué es lo que nos diria? ¿Cuál sería su dolor, viendo que los hombres, despues de la muerte de su hijo continúan en despedazarlo y crucificarlo con sus pecados?

Cuando una madre se halla presente al suplicio y á la muerte de su hijo siente y padece todas las penas de éste: mas cuando despues de su muerte se le va á dar sepultura; cuando esta madre afligida se halla en el trance de separarse de él, el solo pensamiento de que ya no le verá mas, le causa un dolor que escede todos los dolores. Tal era el estado de María, cuando despues de haber asistido al pié de la Cruz á la muerte de su amado hijo, despues de haberlo abrazado cuando hubo espirado, vió por fin encerrarlo en el sepulcro.

“Amado hijo, le dice: todas las bellas calidades que te adornaban, tus virtudes, tu hermosura, tu amabilidad, las singulares muestras de amor que me habias dado, los favores “especiales que de tí habia recibido; todo ha “cambiado en otras tantas saetas de dolor: porque cuanto mas me abrasaba en tu amor, tanto mas siento la pena que me causa el haber- “te perdido. ¡Oh hijo mio muy amado! perdién-

"dote á tí lo he perdido todo." Así es como San Bernardo hace hablar á la Virgen Santísima.

María se consumía de dolor estrechando á su hijo en sus brazos. Los discípulos, temiendo que este triste espectáculo causase la muerte á María, anegada en un mar de llanto, se apresuraron á quitárselo de delante para depositarlo en el sepulcro; y despues de haberlo embalsamado lo envolvieron en una sábana en la cual quiso el Señor dejar impreso su divino rostro; los discípulos lo llevan en sus hombros, los ángeles bajan del cielo y forman parte del acompañamiento fúnebre: las santas mugeres siguen á la madre afligida que forma la cabeza del duelo. Cuando se llegó al lugar del sepulcro, María angustiada se hubiera sepultado viva de buena gana para morir al lado de su hijo; pero resignada siempre á la voluntad de Dios, quiso sobrevivir á su desgracia, y pagar el último tributo al dolor mirando como se depositaba aquel divino cuerpo en el sepulcro, en donde fueron tambien depositados los clavos y la corona de espinas, segun Baronio. El tormento de María llegó al colmo cuando hubo de separarse de aquel lugar de amargura.

Se cerró el sepulcro; pero en él habia que-

gado sepultado con Jesus el corazon de la Virgen, porque Jesus era el único tesoro de su madre. Por fin bendijo aquella caja que encerraba la misma divinidad, diciendo: "¡Oh dichosa piedra, que encierras al que yo he llevado en mis entrañas por el tiempo de nueve meses! Yo te bendigo, al paso que envidio tu suerte. Yo te dejo en depósito á ese hijo, que es todo mi bien, todo mi amor. ¡O Padre eterno! El que está depositado bajo esa losa es vuestro hijo y el mio: yo os lo recomiendo." Y despues de haber dado el último adios á su divino hijo y al sepulcro, se retiró afligidísima escitando la compasion de cuantos la miraban. Los discípulos ya lloraban mas sobre la madre que sobre Jesus. Y las santas mugeres le pusieron un manto de luto que le cubria casi todo el rostro.

María pasando por delante de la Cruz, de la cual chorreaba todavía la sangre de Jesus, fué la primera que se postró para adorarla. "¡Oh Cruz santa, exclamó; yo te beso y te adoro, porque desde ahora ya no eres un suplicio infame, sino un tronco de amor, y un altar de misericordia consagrado con la sangre del Corazón de Dios, que acaba de ser sacrificado por la salud del mundo." Al fin se retira á su

posada, y en su triste soledad se ofrecen á su imaginacion todos los pasos de la vida admirable y de la muerte atroz del divino Redentor. Se acuerda de la solicitud maternal con que cuidaba y acariciaba á su hijo en el establo de Belen, el puro afecto que mutuamente se profesaban madre é hijo, las palabras de vida eterna que salian de su divina boca, las santas conversaciones que habia tenido con él durante su mansion en la casa de Nazareth. Al mismo tiempo se le renueva la memoria de las escenas de horror que ofreció su pasion. Se le presentan á la vista los clavos, las espinas, la carne despedazada de su hijo. Considera sus huesos descarnados, sus llagas profundas, su boca abierta, sus ojos cerrados. ¡Qué noche tan cruel! María lloraba sin cesar, y con ella todos los que estaban presentes; y perseveró en esta amarga situacion hasta que tuvo la dicha de volver á ver á su divino hijo resucitado, glorioso y triunfante.

EJEMPLO IX.

(*Los que son devotos de los Dolores de María durante su vida, experimentan grandes dulzuras en la hora de su muerte.*)

El venerable P. Joaquin Piccolomini, famoso por

sumiso, el mas obediente,

EJERCICIO IX.

121

su tierna devocion á María, comenzó desde su niñez á visitar tres veces cada dia una imágen de la Virgen de los Dolores: en honor de la misma Virgen ayunaba todos los sábados, levantándose á la media noche para entregarse á la contemplacion de sus Dolores. La Virgen María no dejó sin premio esta devocion, habiéndosele aparecido cuando todavía era muy joven, é inspirándole la vocacion de tomar el hábito de los siervos de María. Al fin de su vida la Virgen le presentó dos coronas: una de rubies, en recompensa de la compasion que habia manifestado siempre por sus Dolores; otra de perlas en premio de la pureza que le habia consagrado. En la ultima aparicion, el venerable suplicó á la Virgen la gracia de poder morir en el mismo dia en que murió Jesucristo. "Prepárate, le dijo María; mañana, viênes, morirás repentinamente conforme lo deseas, y mañana mismo estarás conmigo en el Paraiso." Al dia siguiente, mientras se cantaba en la iglesia la Pasion segun San Juan; *Stabat juxta Crucem Mater*, el venerable Joaquin perdió enteramente el sentido, y cuando se llegó al pasage, *et inclinatio capite, tradidit spiritum*, exhaló el último aliento; y la iglesia se llenó de un admirable resplandor y de un olor suavísimo. (*Sacada de la vida del venerable.*)

PRACTICA IX, EN HONOR DE MARIA.

(*Sacada de las obras de San Ligorio.*)

Jesucristo ha comunicado muchas gracias á la devocion á María bajo el título de los Dolores. Es fun-

dada la piadosa creencia de que habiendo la Virgen pedido á su divino hijo alguna gracia especial en favor de los que la honrasen en sus Dolores, Jesus le concedió cuatro, entre otras: 1.ª que á los verdaderos devotos les concederia tiempo antes de la muerte para que hicieran penitencia de sus pecados. 2.ª que les asistiria en sus tribulaciones, y particularmente en la hora de su muerte. 3.ª Que grabaria en sus corazones la memoria de su Pasion, para darles despues la recompensa en el cielo. 4.ª Que los encargaria á María, á fin de que dispusiese de ellos y les dispensase las gracias que tuviese por mas convenientes.

ORACION IX, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De San Ligorio.)

¡Oh Madre afligida! No quiero dejaros llorar sola: quiero unir mis lágrimas á las vuestras. Por lo mismo os suplico hoy que me concedais la gracia de que me acuerde continuamente de la dolorosa pasion de Jesucristo y de la vuestra, á fin de que con estos recuerdos emplee todos los dias de mi vida en llorar sobre vuestros dolores. ¡Oh Madre mia! ¡Oh Madre del Redentor! Haced que estos Dolores me inspiren una entera confianza en la hora de mi muerte para no desesperarme á la vista de mis pecados: que me obtengan el don de perseverancia, y finalmente el Paraiso, en donde y en compañía vuestra cantaré las infinitas misericordias de mi Dios y vuestro. Amen.

EJERCICIO X.

PARA EL DOMINGO DE SEXAGESIMA.



INSTRUCCION DECIMA.—LA VIRGEN SANTISIMA VE A JESUCRISTO RESUCITADO: ESTA PRESENTE A SU ASCENSION, Y RECIBE EL ESPIRITU SANTO.

Filius tuus vivit, et ipse dominatur in omni terra.

Tu hijo vive, y su imperio se estiende sobre toda la tierra. (Gen. cap. 45, v. 26.)

DESPUES que se hubo cumplido la grande obra de nuestra Redencion, María se retiró á Jerusalem en casa de María, madre de Marcos, en la cual se cree que el Salvador celebró la última cena con sus apóstoles. En aquella casa pasó los dias que precedieron á la resurreccion, entregada á la mas sublime contemplacion de todos los misterios que acababan de cumplirse y de los que aun quedaban por cumplir. No se duda que Jesucristo se apareció

á su Madre en el mismo momento de su resurreccion gloriosa, para compensarla por medio de una repentina alegría de todos los padecimientos y amarguras que habia sufrido durante la pasion y en el Calvario. Y lo que lo hace mas creible es, que cuando el Salvador se apareció por la primera vez á sus discípulos reunidos con la Virgen Santísima, no hizo particular distincion con su Madre; lo que regularmente no hubiera sucedido si no la hubiese visto antes.

El Salvador manda á Magdalena y á las otras santas mugeres á quienes se apareció luego despues de su resurreccion, que fuesen á anunciar á Pedro en particular y á los demas discípulos, que habia resucitado. ¿No era regular que les hubiese mandado al mismo tiempo que lo anunciassen á su Madre, á no habérselo anunciado por sí mismo antes que á otros? Y si se pregunta, dice San Anselmo, por qué el Evangelio no hace mencion de la aparicion privilegiada hecha á la Madre de Dios, es porque el Evangelio nada dice de inútil y supérfluo: y seria una cosa inútil decir que el Salvador resucitado se apareció á su Madre antes de aparecerse á las otras mugeres y á los discípulos; porque no se puede pensar

en la calidad de madre, en su ternura y afecto, en la parte que tuvo en la pasion de su hijo, y en el amor que Jesucristo la tenia, sin convencerse que fué ella la primera que vió á su divino hijo resucitado. Del mismo modo que habria sido supérfluo, añade el mismo San Anselmo, que el Evangelio espresase que Jesucristo amaba tiernamente á su madre, pues es cosa que debe suponerse; por cuya razon el Evangelista lo calla, al paso que habla muy á menudo de la predileccion que Jesucristo tenia á San Juan. Y si el discípulo amado del Señor dice que el Salvador se apareció primero á la Magdalena, debe entenderse, dice el abad Ruperto, con respecto á los testigos que Dios habia escogido para publicar por todo el mundo el grande misterio de su resurreccion, segun se espresa en los Hechos de los Apóstoles: *dedit eum manifestum fieri testibus præordinatis á Deo* (Act. Apost. c. 10.)

Así como no es posible ponderar la amarga afliccion de María al presenciarse la ignominiosa muerte de su hijo, tampoco es fácil espresar la singular alegría que espermentó esta bienaventurada madre en la resurreccion del Salvador. Si el corazon de la Virgen se vió anegado en un mar de amargura durante toda

la pasion, tambien su alma se llenó de un gozo inefable en el acto de la resurreccion. Y no solamente tuvo el consuelo de ver á Jesucristo todas las veces que se apareció á sus discípulos reunidos; sino que tambien tuvo el placer de conversar familiarmente con él en sus apariciones privadas. Desde entonces puede decirse que se vió anegada en el torrente de delicias verdaderas que gozan los bienaventurados en el cielo.

Cuarenta dias despues de la resurreccion, la Virgen Santísima que habia pasado á Jerusalem para hallarse presente á la gloriosa ascension de su Hijo, le acompañó con todos los discípulos á la montaña de los olivos. Este era el lugar que Jesucristo habia escogido para subir al cielo, é ir á sentarse á la derecha de Dios su Padre. Desde la cumbre de esta montaña, el Señor dió las últimas instrucciones á la venerable asamblea que le rodeaba, le bendijo, distinguió á su inmaculada madre con las muestras de su mas afectuosa ternura, y se fué elevando magestuosamente mientras que los ojos de todos estaban fijos sobre él hasta el momento en que una nube resplandeciente lo hizo desaparecer de su vista.

Nuestro entendimiento es demasiado limita-

do para que pueda formar idea de los sentimientos del hijo y de la madre en el momento de su separacion. Todo lo que puede decirse sobre eso es, que María quedó en la tierra, pero su espíritu subia con Jesucristo al cielo. Despues de la ascension gloriosa se retiró con los apóstoles para aguardar en el cenáculo la venida del Espíritu Santo, que no puede dudarse haberla María apresurado con el ardor de sus deseos y con el fervor de sus ruegos. Lo recibió, pues, al cabo de diez dias con una nueva plenitud y sobreabundancia de gracias.

Una alma piadosa, y dotada del don sublime de la contemplacion, ha dejado escrito que *la llama milagrosa* bajo cuya forma descendió el Espíritu Santo en el dia de Pentecostés, se fijó en el primer momento toda entera sobre la cabeza de la Virgen Santísima, desde cuyo punto se dividió en otras tantas lenguas de fuego cuantas eran las personas que se hallaban en el cenáculo para fijarse sobre la cabeza de cada una. Esta circunstancia, que parece muy verosímil, es el símbolo mas espresivo para dar á conocer que la Virgen sola recibió en este dia tantas gracias y dones del Espíritu Santo como todos los otros juntos. Eso era porque en el alma de María se hallaban disposiciones

mas perfectas que en las de todos los demas; y así como el eterno Padre la había distinguido con singular amor desde su concepcion immaculada, como á hija suya predilecta; así tambien, dicen los Padres de la Iglesia, el Espíritu Santo quiso distinguirla en calidad de Esposa suya escogida con la abundancia de sus dones.

EJEMPLO X.

(Las prácticas de devocion á María, tarde ó temprano son recompensadas.)

Se lee en la historia de la Congregacion del santísimo Redentor el siguiente hecho, referido por uno de los padres de esta piadosa sociedad. Dice que en una mision, despues del sermon que se acostumbraba predicar en alabanza de la Virgen, fué á encontrarle un viejo á fin de que le confesase, diciéndole lleno de contento: "Padre mio, la Virgen me ha dispensado una gracia." El padre le preguntó cuál era esta gracia, y respondió el viejo: "¡Ah, padre mio! Habeis de saber que hace treinta y cinco años que me confieso siempre sacrílegamente, por no haberme jamas atrevido á declarar un pecado: en todo este tiempo me he visto espuesto á grandes peligros, y mil veces he llegado á las puertas de la muerte. Si hubiese muerto en tal estado, por cierto me habria condenado, y este es el momento en que María me ha tocado en el corazon." Y mientras decia esto, derramaba abundantes lágrimas. El padre, despues de haberle

confesado, le preguntó cuál era la devocion que tenia á la Virgen. Y el viejo le respondió que todos los sábados se abstenia del uso de lacticinios en honor de María, y que por esto la Virgen había tenido piedad de él. El mismo viejo dió licencia al confesor para que publicase este hecho, que prueba cuánto recompensa la Virgen hasta las devociones de menos monta hechas con pureza de intención y con deseos de agradarla. *(Historia de la Congregacion del santísimo Redentor.)*

PRACTICA X, EN HONOR DE MARIA.

(De San Enrique, emperador.)

Visitad las iglesias consagradas á la Virgen Santísima. Se cuenta del emperador San Enrique que luego que entraba en algun pueblo, iba á tributar sus homenajes á la Virgen Santísima en una de las iglesias que le estaban consagradas.

ORACION X, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De San Bernardo.)

¡Oh poderosísima señora! Venid á socorrer nuestras miserias y debilidades: hablad en favor de nosotros á nuestro señor Jesucristo. ¿Quién puede ha-

130

ANUARIO DE MARIA.

cerlo mejor que vos, que gozásteis tan íntimamente las dulzuras de su compañía en la tierra, y que ahora lo poseéis plenamente en el cielo? Hablad, os repetimos, hablad en nuestro favor á vuestro divino hijo, porque él os oye, y vos podeis estar segura de obtener todo cuanto le pidais. Pedid, pues, para nosotros un grande amor de Dios, la perseverancia en su santa gracia, y la dicha de morir en su amistad, á fin de poderos ver y alabar eternamente á vos y al Salvador hijo vuestro. Amen.

EJERCICIO XI.

PARA EL DOMINGO DE QUINCUGESIMA.



INSTRUCCION UNDECIMA SOBRE LOS ULTIMOS AÑOS
QUE LA SANTISIMA VIRGEN VIVIO EN LA TIERRA.

*Heu mihi, quia incolatus meus
prolongatus est.*

¡Ay de mí, Señor! ¡Que mi destierro se ha prolongado mucho!
(*Psalm. 119, v. 5.*)

Quiso Dios que la Virgen permaneciese por largo tiempo en la tierra despues de la gloriosa ascension de su divino hijo. Y esto fué, dicen los santos Padres, porque María habia de ser la Madre de la Iglesia naciente y el mas dulce consuelo de los apóstoles, habiéndoles prometido Jesucristo que no los dejaria huérfanos. Era extraordinario el gozo que esperimentaba al ver la multitud de milagros que se obraban todos los dias en nombre de su divino